



Fig. n.º 59.- Fernández Ortiz, Celestino (2004): *Oro y Sangre*, Edición de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Presentación del Conde de Luna, Prólogo de Nicolás Salas. Nota para El Lector de El Autor, 164 págs.

La elección del título de este libro revela, pese a su brevedad, la concepción que para el autor tiene el toreo de los cinco diestros biografiados. El oro lo identifica con Rafael *El Gallo*, *Chicuelo* y Pepe Luis Vázquez. La sangre, la representan *Maera* y *Varelito*. A Rafael lo apellida el Genio, a Pepe Luis, el Ángel, a *Chicuelo*, la Gracia, a *Maera*, el Drama, y a *Varelito*, la Tragedia. Cinco toreros sevillanos –aunque *El Gallo* naciera en Madrid– que entre 1950 y 1954 merecieron el honor de ocupar muchas páginas de la bien cortada pluma de Celestino

Fernández Ortiz, en el prestigioso semanario *El Ruedo*, firmadas con el seudónimo de *Don Celes*. Las páginas dedicadas a Rafael *El Gallo* antes de la publicación que hoy nos ocupa tuvieron el privilegio del libro en una colección titulada "La Sevilla de...", en el año 1982, bajo la edición de la Obra Social de la Caja Rural Provincial de Sevilla.

El interés de esta obra es, sin duda, su amenidad. Se mueve entre el reportaje, la biografía y la entrevista. Se puede inscribir bien en la conocida obra de J. López Pinillos (*Parmeno*) "Lo que confiesan los toreros" o la no menos conocida "El libro de los Toreros" de *El Caballero Audaz*. Pero si bien estamos hablando de un libro de toros no es sólo un libro de toros. Estamos en presencia, como dice el prologuista Nicolás Salas, de «un retrato en blanco y negro, con fidelidad notarial de la Sevilla recién salida de la cartilla de racionamiento, y también de la ciudad de los años veinte y treinta, cuando la Alameda de Hércules era el templo de la noche y las costumbres ciudadanas no estaban exentas de las raíces decimonónicas». Fernández Ortiz sitúa, con precisión, a cada personaje en su tiempo, con espléndida galanura literaria.

RAFAEL EL GALLO

Las páginas dedicadas a Rafael *El Gallo* son quizás las más atractivas, sin duda por la fascinante personalidad del protagonista. Algunas actualizaciones ha tenido el retrato de Rafael, ya que habla con Juan Belmonte al día siguiente del entierro del *Divino Calvo* que, como todo el mundo sabe, se produjo en



Fig. n.º 60.- *El Gallo* Apud Cossio (1943: III, 385).

1960, seis años después de finalizar los reportajes de *El Ruedo*. El autor describe aquel encuentro en estos términos: «se le había despojado el mundo con aquella desaparición y la soledad, vieja compañera del Pasma de Triana, se le hizo más punzante y absoluta. Con Rafael se fue la referencia viva y entrañable a las cosas más importantes que había amado y vivido». Muy atractiva la descripción de la relación entre ambos diestros después de retirados: «Los dos fueron un lujo insólito de la Fiesta, a la que adicionaron, con aportes de ingenio y humanidad, sus contribuciones de sangre y arte en los ruedos. Ya en Los Corales, ya en La Española, ya en la barrera o en el palco de La Maestranza, Belmonte culto, profundo, irónico y con mucha retranca; Rafael sencillo, espontáneo, angelical, melancólico». No es fácil definir la personalidad tan rica de esos dos hombres con la precisión y el donaire que lo hace *Don Celes*.

Sería imposible tratar de reflejar el cúmulo de anécdotas que Fernández Ortiz nos relata de Rafael *El Gallo*, uno de los mayores atractivos de esta obra. Con un brindis al Capitán General de Sevilla éste le concedió la absoluta, es decir la licencia que eximía por completo del servicio militar. «Con un brindis hice yo todo el servicio al Rey» cuenta Rafael. A ese mismo Capitán General le brindó un toro que después se negó a matar. Tampoco se debió de enterar de que habla estallado la Guerra Civil, pues cuando ya se llevaban más de cuatro meses de contienda, preguntó: «Oiga, amigo: ¿qué es lo que pasa con los soldados?» O relatando sus múltiples viajes al continente americano, exclamó: «América, la conozco de pitón a rabo». O cuando llegó a Nueva York sólo con un duro: «Menos mal, dice el diestro, que el dueño del hotel era de Málaga y el jefe de cocina de Algeciras». Ya es casualidad. «Nueva York es un cerebro», dice en otra ocasión, sin que se sepa muy bien a que se refiere. «A mi me gustaba mucho ir al teatro en París aunque no me enteraba. Cuando se apagaban las luces, las perlas (de las mujeres)

brillaban como los farolillos de las verbenas». O cuando Don Antonio Maura le dijo: «...la verdad que la profesión de ustedes requiere mucho valor» y Rafael le contestó: «Pues anda que la de usted». También refleja su temperamento el que, después de que le pusieron una inyección, se negó a que le pusieran las siguientes con el siguiente argumento: «La otra noche, con el practicante, me di cuenta de lo que yo hice sufrir a los animalitos esos». Cuando se impusieron los petos, Rafael protestó de la medida al delegado de plaza don Carlos Caba: «Pero usted se cree que se puede picar a los toros con los caballos disfrazados de Felipe II». En ocasión de haber toreado un festival benéfico, ya Maestranza le manifestó que estaba muy agradecida y quería hacerle un regalo de su gusto. «No se preocupen, no se gasten ustedes nada», les respondió, «Apúntenme a maestrante». Devora el libro, querido lector, por que hay muchas más anécdotas.

MAERA

Manuel García López *Maera* –el torero de la gloria difícil como lo encasilla Fernández Ortiz– nació en el número 107 de la calle Pagés del Corro, Quinta Avenida de la gitanería de la Cava. Triana comparte con San Bernardo la gloria de ser cuna de los más grandes toreros de la historia. No se conoce muy bien el motivo del apodo. El autor lo explica pero no convence. Acudo al tercer tomo del Cossío y me encuentro que hay nueve toreros con el apodo de *Maera*. Algunos le añaden un



Fig. n.º 61.- *Maera* Apud Claramunt (1989: II, 89).

ordinal o el calificativo de Chico. Hay un mexicano, otro aragonés, otro de Alcázar de San Juan, dos sevillanos apellidados Soriano, anteriores a éste que nos ocupa. En ningún caso se sabe la motivación del apodo. Nuestro *Maera* estuvo en la cuadrilla de Juan Belmonte. De banderillero pasó a matador. Aquello fue en Lima y lo cuenta así *Don Celes*: «Había actuado éste (Juan Belmonte) en unas doce corridas montadas por la empresa Boto y como final de temporada se pensó en organizar un espectáculo en beneficio de los auxiliares de los toreros. Se trocaron los papeles y dos peones –Pepe Rodas y Manuel García *Maera*– asumieron la dirección de las cuadrillas. Los dos triunfaron pero el éxito de *Maera* fue tal que aseguró, entusiasmado y sorprendido: «En cuanto llegue a España empezaré a torear como matador». Era el año 1918.

Fernández Ortiz analiza la personalidad de *Maera* como matador de toros: «La fe hace milagros. Y el caso de *Maera* fue un milagro de fe en si mismo. Claro que servida por un caudal inagotable de valor personal. En este sentido encaja perfectamente en la línea senequista. Sin pinturerías ni efectismos, su valor no le falló jamás al tratar con el toro». Tomó la alternativa en El Puerto de Santa María el 28 de agosto de 1921 de manos de Rafael *El Gallo*. Pero la enfermedad que sufría desde la adolescencia y que tantos estragos hacía en la juventud de aquellos años –la tuberculosis– contrastaba con la cara externa de un gran lujo de facultades. No pudo vencerla y fue en Melilla donde definitivamente dio la cara. Lo cuenta así Celestino: «El general (Sanjurjo) que quería y admiraba a *Maera* habla organizado en Melilla una corrida a beneficio de los legionarios del Tercio Extranjero. Manuel prometió su concurso desinteresado y valioso. Otro tanto hicieron Cañero y Sánchez Mejías, que como *Maera* torearon gratuitamente. En verdad el diestro no debió hacer ese viaje. Su mal avanzaba deprisa, y tanto el médico de cabecera como la familia intentaron oponérsele. Pero *Maera*

había dicho: Toreando gratis y para el Tercio aunque me muera en el camino. *Maera* toreó en Melilla y cortó orejas en los dos toros. Pero, por la noche, en el banquete con que el general Sanjurjo y las autoridades militares obsequiaron a los toreros, hubo una silla vacía... *Maera* llevó a África la vitalidad necesaria para cumplir anchamente en el ruedo. Del ruedo, *Maera* pasó a la cama, sin otra esperanza que volver a Sevilla para el último adiós a su madre. Falleció el 14 de diciembre de 1924, en la misma casa donde habla nacido, a los 28 años de edad. Poco más de tres años de matador de toros. El día de su entierro, el crítico de *El Correo de Andalucía*, *Triquitraque*, aludiendo a la corrida benéfica de Melilla escribía: Ha muerto por la Patria y continúa por ditirambos tan pintorescos como estos: Si *Maera* hubiera vivido cuando Colón, hubiera sido el trianero que gritara ¡Tierra! Si hubiera vivido cuando Magallanes, le hubiera acompañado en la primera vuelta al mundo. Si hubiera vivido cuando Carlos V, hubiera estado en Méjico con Cortés o en el Perú con Pizarro. Si finalmente, hubiese vivido en los días del prudente Rey Felipe II hubiera combatido al lado de Juan de Austria en Lepanto».

VARELITO

Al iniciar el capítulo sobre Manuel Varé *Varelito*, el autor lo encasilla, con razón, en un torero segundón, habida cuenta que en su etapa brillan los dos grandes astros de la Edad de Oro del Toreo: José y Juan.

Y compara las personalidades distintas de *Maera* y *Varelito*. Aquél es la suprema palabra del toreo hecho aventura, esguince, gallardo, gesto...



Fig. n.º 62.- *Varelito* Apud Claramunt (1989: II, 83).

Varelito es la tenacidad sin brillo, la gota de agua que poco a poco se impone, el esfuerzo continuado y risueño, sin altibajos, sin emociones fuertes, sin leyenda. Manuel Varé García nació en Sevilla el 29 de septiembre de 1893 y no logró actuar en el ruedo del Baratillo hasta el 16 de septiembre de 1912, dos semanas antes de cumplir los diecinueve años. Había actuado de becerrista formando una cuadrilla de niños sevillanos. Por cierto, mucho antes, en otra cuadrilla anunciada como de niños sevillanos estuvieron Rafael *El Gallo*, de Madrid y *Lagartijo* y *Machaquito*, ambos de Córdoba.

El fuerte de *Varelito* fue la espada: sin embargo, como señala Fernández Ortiz, «el estoque había sido relegado en aquellos tiempos por maestros que habían llenado el toreo de otros alicientes, y *Varelito*, centrando su actuación en la suerte suprema, resultaba casi un arcaísmo». La modestia de Manuel Varé se compaginaba con su falta de ambición. Cuenta Manuel Pérez Vito que un día le confesó: «¡Si yo consiguiera reunir con los toros treinta mil pesetas...!» «Chiquillo, le replicó Vito, tú puedes ser figura del toreo. ¡Treinta mil pesetas! Estás loco?» Le faltaba imaginación. Era su tara para el arte y para la vida, escribe el autor de este libro.

Sin contar los años de becerrista, *Varelito* aguantó un aprendizaje de ocho años. Tomó la alternativa en Madrid el día 26 de septiembre de 1918 de manos de *Joselito el Gallo*, al tiempo que la tomaba Domingo González *Dominguín*. Con las estocadas se fue abriendo paso poco a poco. Un crítico madrileño en 1920 escribe: «el público y la crítica, con rara unanimidad, le ha consagrado como el más formidable matador de la tauromaquia moderna». Gregorio Corrochano, después de verle un volapié en la plaza de Madrid, comenzó una crónica: «Ayer he visto matar un toro a Don Luis Mazzantini». José María de Cossío afirma: «*Varelito* fue, ante todo, un estoqueador sobresaliente»; pero más que un gran matador, seguro y eficaz, un estilista de la suerte.

Pinchaba más de lo que convenía al diestro que en esa suerte cimentaba su fama; pero sus pinchazos, justamente, se ovacionaban como si fueran estocadas.

Y llegó la tarde de la tragedia. Estamos en la feria de Sevilla, el día 21 de abril de 1922. El toro de la gran cogida era de la ganadería de Guadalest y atendía por *Bombito*. *Don Celes* relata el momento trágico de la cogida: «El toro le hizo una terrible colada ... hubo un amago de desarme, y los subalternos solícitos se precipitaron a intervenir. El público puso el grito de protesta en el cielo. *Varelito* encorajinado, los mandó retirar y tendió a igualar ... entró a matar, dando un pinchazo y saliendo perseguido hacia los medios. La fiera se crece y el torero se achica, desconcertado. No hay un solo capote que aguante al bicho alejados los subalternos por las iras del respetable. *Varelito*, perseguido vacila, y viéndose alcanzado, se tira al suelo. El toro embalado, pasa de largo pero se vuelve a los dos metros y busca al hombre... La res cornea a *Varelito*, levantándolo en alto y campaneándolo horriblemente». El parte facultativo dice que sufre una herida en la región anoperinal, con rotura del esfínter y pared anterior del recto y con gran hemorragia por destrozo de los plexos hemorroidales. El herido sufre un gran colapso. El pronóstico es muy grave. El doctor Vilches requiere la colaboración de otros conocidos cirujanos: Royo, Vázquez Elena, Crespo, Mozo... Para reanimar al herido se utilizan los medios de entonces: aceite alcanforado, suero fisiológico, caféina. Después lo operaron y vino la mejoría. Es cuando el diestro le dice a su apoderado don Antonio Soto: «Si me muero, le ruego que no abandone a mi familia». Al día siguiente fue trasladado a su domicilio. En una camilla de la Cruz Roja fue llevado en brazos de deudos y amigos. Se había suspendido una verbena y un bautizo. El bautizo era de una hija del diestro que había de apadrinar Ruano Llopis. El estado del diestro obligó a descansar varias veces a lo largo del impresionante recorrido. Llegado a su domicilio, la calle fue enarenada para que ningún ruido pudiese perturbar la lucha de

veinte días entre la vida y la muerte. A las seis de la mañana del día 13 de mayo, *Varelito*, todavía lúcido, dijo: «Me muero. Dios lo quiere. Hágase su voluntad». Al día siguiente cuatro caballos de un coche fúnebre, con servidores a la federica, encabezaban la gran multitud... Solo así, en la tumba, realizó el hombre y el artista el supremo sueño de su vida: el del fervor popular. Es de justicia resaltar la fuerza dramática de la narración de Fernández Ortiz de esta tragedia, ofrecida en estas líneas solo parcialmente.

PEPE LUIS VÁZQUEZ

Las páginas dedicadas a Pepe Luis ponen de relieve que el autor de este libro es un gran aficionado, con fino paladar para degustar el buen toreo. Y se nota que, así como a los anteriores toreros no pudo verlos por razones cronológicas, del toreo del diestro de San Bernardo ha disfrutado en numerosas ocasiones. Dice que no era aficionado y el debut de Pepe Luis fue su primera noticia de los toros. Justifica el autor las rabonas que hacía en la oficina del Matadero, en la que Pepe Luis empezaba a trabajar, porque «era el



Fig. n.º 63.- *Pepe Luis Vázquez* Apud Arauz de Robles (1988): *Pepe Luis, Meditaciones sobre una Bibliografía*, Colección *La Tauromaquia* n.º 14, pág. 77.

arte, temblaba dentro como un mensaje que estaba pidiendo forma, y quería manifestarse sin demora». E insiste en ello, al recordar que Pepe Luis «surgió torero como *Costillares* del Matadero pero que no se hizo allí, porque ya lo era». Aunque Pepe Luis nació en el número 10 de la calle Ancha de San Bernardo, pronto se trasladó al 21 de la calle Campamento, lla-

mada así en recuerdo del que estableció Fernando III en el sitio de Sevilla. Su primera presentación en la Maestranza es en plena guerra civil y en pleno verano, el 7 de agosto de 1937 y en una nocturna. Esta circunstancia y las que después nos va narrando, inducen al autor a juzgar de horrible política taurina la que a lo largo de su carrera le venían practicando sus administradores. Dice que el caso de Pepe Luis es el caso del torero no administrado, lo que no fue óbice para que estuviera durante muchos años a la cabeza de los matadores de toros. Forma pareja como becerrista con Antonio Bienvenida en un festejo, pero esta colaboración se frustra, seguramente por la malhadada política taurina. Seguro que ambos se hubieran enriquecido técnicamente, aprendiendo el uno del otro.

Toreó en la Maestranza seis novilladas en la misma temporada, la de 1938. Tres sin picadores y otras tres con caballos. Pepe Luis ya era una figura en Sevilla. Terminada la guerra civil, debutó enseguida en Madrid, el 13 de julio de 1939. Aquella tarde fue testigo de la cornada mortal de Félix Almagro por un novillo de Domingo Ortega. Repite a los pocos días en las Ventas y el presidente le concede una oreja antes de entrar a matar. En el toro anterior el público le obligó a dar tres vueltas al ruedo como desagravio por haberse negado el presidente a concederle la oreja. Al toro siguiente, el usía, arrepentido, se puso de pie en el palco y sacó el pañuelo antes de que se perfilara para matar.

El 15 de agosto de 1940, festividad de la Virgen de los Reyes, Sevilla no se va a la playa. Los trenes no van hacia las playas, sino que vienen llenos de aficionados hacia Sevilla. Va a tomar esa tarde la alternativa Pepe Luis de manos de Pepe Bienvenida y como testigo *Gitanillo de Triana*. El toro, *Sabihondo* de nombre, muy adecuado para enfrentarse a un maestro. No fue una gran tarde. Dio una vuelta al ruedo. Los toros salieron broncos y mansurroneos. Confirma la alternativa en

Madrid el 20 de octubre del mismo año. El padrino es Marcial Lalanda y el testigo *Gallito*. El toro de la confirmación atiende por *Carmonañero* y es de Bernardo Escudero. Tarde muy lluviosa y sólo se pueden lidiar tres toros. No hay triunfos. El triunfo en Madrid viene el día de la retirada de Marcial Lalanda. Ambos salen a hombros. En la vida de Pepe Luis una efemérides trágica es la cornada de Santander, una cornada de las llamadas de espejo, que estará presente en el rostro del diestro durante toda su vida y que, sesenta y tres años después, todavía está perjudicando la visión del maestro. Fue el 25 de julio de 1943, al caer al suelo en el tercio de quites y ser corneado por un toro de Escobar.

En contra de lo que se cree, que Pepe Luis era un mal matador, hay que recordar que si bien no era un estilista como *Varelito*, era un matador eficaz. Nunca le echaron un toro al corral y sólo recibió en su vida profesional un aviso, en Sevilla con un novillo de Pérez de la Concha. Pepe Luis torea sólo una corrida en la temporada de 1952 y otra en 1953, anunciando su retirada. Hasta esta fecha llegan los comentarios de Fernández Ortiz. Pepe Luis reaparece en la temporada de 1959, participando en diecinueve corridas y cerrando con ellas, definitivamente, su vida profesional.

CHICUELO

Manuel Jiménez *Chicuelo* nació en la calle Betis, no se le ha considerado trianero. Se ha dicho siempre que era el torero de la Alameda, por haber vivido en la Alameda de Hércules muchos años. El ambiente de su infancia era totalmente taurino. *Chicuelo* nació torero



Fig. n.º 64.- *Chicuelo* Apud *Cossío* (1943: III, 461).

y no pensó nunca en ser otra cosa.

Cuando nació hacía ocho meses que su padre habla tomado la alternativa de manos de *Lagartijo*. Pero no reinaba la alegría en esa casa, pues el padre ya estaba enfermo de tuberculosis, esa tremenda enfermedad que tantos estragos hizo en las primeras décadas del pasado siglo. *Chicuelo* quedarla huérfano de padre cuando sólo contaba cinco altos de edad. Como dice Fernández Ortiz «eran tiempos de transición y revolución. El toreo estaba esperando su glorificación más alta: la del arte. Ahora el arte se iba a instalar en las entrarrías del toreo, y mandar en los toros o poder con los toros, no tendría sentido sin aliarse con una precisa y rigurosa concepción estética». La vinculación de *Chicuelo* con Salamanca, ciudad tan taurina como universitaria, fue, según el autor, decisiva en su formación artística y humana. Junto a su labor en la plaza hay que contar su vida en el campo.

Chicuelo se presentó como novillero en Sevilla el Sábado de Gloria de 1919 con ganado de Albaserrada. Se le otorgaron las dos orejas y el rabo del primer novillo. Para poner de relieve la importancia del premio, el autor recuerda que sólo hacia cuatro años que en la Maestranza se le habla concedido a *Joselito* la primera oreja en la historia de la plaza. No aceptó *Chicuelo* torear en Sevilla ese año menos de cinco novilladas. Entonces, lo inteligente en la administración de un torero —escribe Fernández Ortiz— eran muchas corridas. Hoy resulta que lo inteligente es lo contrario. Lo cierto es que contrató cinco, pero en la práctica hubo de torear algunas más. *Chicuelo* tomó la alternativa en la Maestranza en la feria de San Miguel de 1919. Se anunciaron ese alto en la feria de septiembre seis corridas de toros: tres en la plaza de El Arenal y otras tres en la Monumental. Ahora para celebrar dos cuesta trabajo llenar la plaza. El mismo día —28 de septiembre— tomaba la alternativa media hora después en la nueva plaza Juan Luis de la Rosa. Tanto en la alternativa —de

manos de Juan Belmonte— como en la confirmación en Madrid —en junio de 1920— de manos de Rafael *El Gallo* toreó bien pero no estuvo acertado con la espada. En las dos ocasiones escuchó un aviso. Parecía empezar a seguir la tradición paterna, que en la alternativa en Madrid escuchó los tres avisos, con tan grave daño a su moral —nos relata *Don Celes*— que por la noche, en la soledad de un cuarto de hotel, intento suicidarse.

Fernández Ortiz describe con galanura el momento del invento de la chicuelina. Fue en una corrida de las Fallas de Valencia del año 1921. Y describe el nuevo lance así: «El toro se arranca... El torero no está quieto, ni da el paso atrás. Sencillamente gira mientras alza los brazos y se envuelve en la seda, en un gesto de gallarda elegancia. Y los cuernos siluetean la cintura —de azul y oro— que da vueltas sobre su propio eje». Hay unos cuantos toros que en su lidia se hicieron famosos y engrandecieron la Fiesta, bien por su comportamiento, bien por las inolvidables faenas de sus lidiadores. Uno de ellos fue *Corchaíto*, de Graciliano Pérez Tabernero lidiado por *Chicuelo* en Madrid el 24 de mayo de 1928. Se ha dicho que gracias a *Corchaíto*, *Chicuelo* fue máxima figura aquella temporada y que un solo toro le proporcionó las ochenta y una corridas que lidió en 1928. No se trata en el libro que comentamos las actuaciones de Manuel Jiménez después de la guerra civil. Sabemos que en esos años cuarenta sus actuaciones son muy dispersas, aunque en conjunto suman más de cincuenta festejos. Su última corrida fue en la plaza de Utrera el 1 de noviembre de 1951. *Chicuelo* falleció en Sevilla el 31 de octubre de 1967. Hemos procurado dar una panorámica resumida de lo que este interesante libro de Celestino Fernández Ortiz contiene, editado bajo el patrocinio, siempre generoso, de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Juan Manuel Albendea
Fundación de Estudios Taurinos